

BREVE HISTORIA DE
LOS BORBONES ESPAÑOLES

BREVE HISTORIA DE LOS BORBONES ESPAÑOLES

Juan Antonio Granados Loureda



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los Borbones españoles
Autor: © Juan Antonio Granados Loureda
Director de colección: José Luis Ibáñez

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Onoff Imagen y Comunicación
Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-942-2
Fecha de edición: septiembre 2010

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso S.A.
Depósito legal:

Índice

Prólogo	11
Introducción.....	15
La cuestión dinástica, la guerra de Sucesión y los tratados de Utrecht	25
Capítulo 1: Felipe V (1700-1746) y Luis I (1724).....	29
El impacto de la dinastía borbónica; nuevos usos y nuevas maneras.....	29
La Nueva Planta	33
Viudedad de Felipe V y segundo matrimonio con Isabel de Farnesio, la <i>Brava Donna</i>	36
Luis I, el rey que no fue	43
El segundo reinado. La neurosis maniaco-depresiva del rey. Carlo Farinelli, ¿cantante o taumaturgo?... Los últimos años del rey	44 50

Capítulo 2: Fernando VI (1746-1759), la amable neutralidad	53
Por fin rey, «paz con Inglaterra y guerra con nadie»	56
Los proyectos del marqués de la Ensenada, la inusitada actividad de un espíritu inquieto. Economía, ciencia y espionaje	58
Los últimos años, entre «la escuadra del Tajo» y el triste final en Villaviciosa de Odón	63
Capítulo 3: Carlos III (1759-1788), el despotismo ilustrado	73
Notas sobre el reinado napolitano	75
Rey de España	77
Retrato del rey benevolente	79
El primer reformismo carolino. El motín de Esquilache	83
Los buenos años, Aranda y Campomanes ..	87
El crepúsculo feliz: los tiempos de Floridablanca	89
Años finales	92
Capítulo 4: Carlos IV (1788-1808). Crisis y revolución	95
Tiempos de revolución	100
Hijo contra padre; las vergüenzas de Aranjuez y el bochorno de Bayona	104
España en guerra	108
Años de exilio	114
Capítulo 5: Fernando VII (1808; 1813-1833). Liberales y absolutistas	119
Los complejos de un futuro rey	119
Valençay	124
La Restauración fernandina. Serviles y liberales	127

El Trienio Constitucional	132
La Década Ominosa.....	136
El fin del reinado, la ley sálica y el problema carlista	139
Capítulo 6: Isabel II (1833-1868).	
«La de los tristes destinos».....	143
Fin de la primera guerra carlista y el exilio de María Cristina. Isabel II, reina de España	148
Isabel II, reina de España.....	153
Aquel extraño matrimonio	154
Amoríos y penitencias	156
Construyendo el Estado liberal.	
Del «episodio Olózaga» al moderantismo..	160
La revolución tranquila y la Unión Liberal (1854-1868)	162
«Cuando los españoles conquistaron Vietnam»	163
Revolución y exilio.....	165
Capítulo 7: Alfonso XII (1874-1885)	169
Alfonso, de infante a exiliado	169
Plácidos años de educación.....	171
Camino de retorno	176
La Restauración alfonsina.....	179
Las limitaciones del sistema:	
«turnismo» y caciquismo.....	182
Un reinado prometedor.....	184
Dos bodas reales	189
Una monarquía efímera	192
Capítulo 8: Alfonso XIII (1886-1931).	
Crónica de un fracaso	195
Notas sobre la regencia de María Cristina de Habsburgo	196
La guerra de Cuba y la crisis de 1898.....	198
Infancia y juventud del rey.....	202

Boda y tragedia.....	204
La crisis del sistema de la Restauración.....	210
Años de hierro.....	211
Dictadura y crisis de la monarquía	216
El exilio	220
Capítulo 9: Juan Carlos I (1975-)	225
Notas en torno a Juan de Borbón, conde de Barcelona (1913-1993).	
Historia de una frustración.....	225
Estoril. La vista puesta en España.....	233
Juan Carlos, de «don Juanito» a aspirante a la Corona de España	243
Camino del trono	256
Rey de España.....	258
Bibliografía general	271
Bibliografía específica.....	273

Prólogo

Para los españoles que acababan de enterrar a Franco la proclamación de Juan Carlos I no evitaba la incertidumbre histórica: otra vez los Borbones. Para unos, el rey era Juan Carlos I el Breve; para la mayoría, el símbolo del *fatum* hispano; uno mandaba, los demás obedecían y además todos eran apolíticos. Franco lo puso ahí y... ahí estaba. ¿Hasta cuándo?

Lo que los españoles no se planteaban en 1975 es que, en esta dinastía histórica, ese clima de incertidumbre al llegar al trono el príncipe no solo no era novedoso, sino que constituía casi una constante histórica. Y no solo en España; también en la cuna de la dinastía, la Francia del siglo XVI, pues como recuerda Juan Granados, «todo comenzó un 25 de julio de 1593 en París con una apresurada conversión al catolicismo». Luego llegarían regicidios, minorías tuteladas, una revolución —la Fronda— y un rey joven, Luis XIV, que desde el primer día hizo saber que mandaba él, solo él: *ad legibus solutus*. Se acabó la incertidumbre... hasta 1789.

En España, sin embargo, desde que llegó el primer Borbón en 1701, las *transiciones sucesorias* fueron,

todas, partos difíciles que obligaban a los reyes en sus primeros momentos a ser (como mínimo) *animosos*. Y es que a pesar de la ley de la continuidad que rige la monarquía hispánica, un rey nuevo siempre es un riesgo (a veces incluso para el rey viejo, como pudo comprobar Carlos IV, padre), un enigma (la reina viuda Isabel Farnesio no se esperaba tanto desprecio de Fernando VI, ni Bárbara tanto amor), una ruptura (Carlos de Borbón... y sus carlistas), una molestia (Alfonso XII, niño, padre de «la menor cantidad posible de rey», en palabras de Sagasta), un problema (Isabel II, niña y...), un «desastre sin paliativos» desde 1926 (Alfonso XIII, el rey que abandona), o una solución a cuarenta años de iniquidad (Juan Carlos I). Es posible que, como dice Juan Granados, todo sea por la «proverbial supervivencia borbónica». Los Borbones «renacen siempre de sus cenizas».

Juan Granados es el valiente autor de este libro, cuya importancia se debe antes de nada a su honestidad intelectual, la virtud previa a la conquista de la objetividad histórica, que es lo que necesariamente ha de presidir un libro sobre los Borbones a estas alturas. Y eso es lo que le salva, a él y al libro, ahora que la opinión sin pruebas —el vocerío mediático—, el cinismo de las distintas lecturas de la historia, los revisionismos interesados políticamente arrinconan a la demostración histórica (y desde luego, a la verdad). Los Borbones, la dinastía reinante, y sus vástagos están hoy, una vez más, en todos los sitios... menos en los libros de historia. Que yo recuerde, el último intento serio de una historia de los Borbones data del 2000 (por cierto, la colección recoge la última obra *histórica* sobre Juan Carlos I, la del llorado Javier Tusell). Por eso, este libro, diez años después, tiene, si cabe, más interés.

Juan Granados es un catedrático de Historia de instituto —por tanto, un servidor público— que por contradecir a tantos que arremeten contra *esos funcio-*

narios paniaguados — ¡y luego pretenden que eduquen a sus hijos! — ha dado todavía más de lo que le piden (lo que no es excepcional en este *cuerpo* benemérito). Es lo que decía Campomanes de los arbitristas: «nada quieren para sí; todo lo dan a los demás». Los catedráticos como Granados enseñan dentro y fuera; por eso, ha escrito una *historia de Ferrol*, una *historia de Galicia* y una *historia de España*. El ciclo completo: local, regional, nacional. No se puede decir de Granados que viva bajo el plácido beneficio que da la cátedra vitalicia, las dos horitas diarias de clase.

Pero, además, Granados ha escrito tres novelas, por supuesto novelas históricas, una de ellas excepcional: *Sartine y el caballero del punto fijo* (Edhasa, 2003). Sus novelas son casi como textos históricos — algo así le ocurre a *El Hereje* de Delibes —, mientras que sus textos históricos están tan bien escritos que se leen como una novela, como es el caso de este libro. Pues este es ante todo un libro bien escrito.

Juan Granados, en fin, ha hecho un nuevo acto de servicio: ha escrito este libro sobre la dinastía reinante para que usted, lector, disfrute relajadamente del incontestable decurso que los hechos históricos producen en esa dicotomía rey-reino que mantenemos los españoles desde hace siglos. Como es previsible que en poco tiempo volvamos a la incertidumbre, al vértigo de las transiciones sucesorias en la *domus regia*, el lector tiene en este libro un compendio de datos y argumentos sólidos para terciar en lo que, hoy como ayer, seguirá siendo un hábito tan español como los toros y el fútbol: manifestar, alto y claro, qué piensa uno de los Borbones, con o sin datos (eso es lo de menos, claro). Lesa Majestad, sí, pero también — y a veces incompatible — leso pueblo español. Veremos si ese pueblo que se hizo «juancarlista» — sobre todo tras el 23F —, también se hace «felipista» algún día y revive así el viejo arcano que permite la «proverbial supervivencia» de

JUAN ANTONIO GRANADOS LOUREDA

un símbolo tan hispano como la monarquía... ¡en un país que desde hace mucho tiempo añora una república bien gobernada!

José Luis Gómez Urdáñez
Catedrático de Historia Moderna.

Introducción

«París bien vale una misa».

Orígenes de la casa de Borbón

El apellido Bourbon o, en España, Borbón procede del topónimo de un lugar: el castillo *Bourbon-l'Archambault*, situado en el departamento francés de Auvernia (distrito de Moulins), por ser esta la casa matriz de todos los nobles de esa estirpe que, según cuentan los genealogistas, descienden de una rama secundaria de los Capetos, dinastía que gobernó Francia entre los años 987 y 1328. Los Borbones vivieron sometidos al arbitrio de la dinastía de los Valois, reinante en Francia desde 1328 hasta la extinción de la rama masculina de esta casa en 1559. El origen del éxito inusitado que obtuvo la prolífica casa de Borbón hay que buscarlo, precisamente, en la imparable decadencia de los Valois y en una decisión afortunada: el casamiento de Antonio, duque de Borbón (1537-1562), con Juana de Albret (heredera de la casa de Navarra), para convertirse nada menos que en rey de Navarra. De este modo, una dinastía nobiliaria más bien rústica y de mediano pasar ingresaba con fuerza inusitada en la «gran historia» de Francia.



Vista del castillo-matriz de los Borbones en Moulins,
hoy una ilustre ruina en su mayor parte.

Muy pronto la suerte se iba a aliar con el flamante rey de Navarra, cuando Enrique II de Francia muere prematuramente en 1559, dejando el trono vacante y el gobierno de Francia en las tenebrosas manos de los duques de Guisa y la reina viuda Caterina de Médicis. El duque de Borbón, como jefe de todos los hugonotes (protestantes) franceses, se les enfrentará violentamente con el objetivo de hacerse con la corona del reino más populoso de Europa. Francia, convulsa por las crueles guerras de religión, se muestra generosa con la casa de Borbón. En el transcurso de las hostilidades, mueren los tres hijos de Enrique II, la rama masculina de los duques de Guisa y la propia regente; dejando el camino libre para que el tercer hijo de Antonio de Borbón, Enrique III de Navarra, ocupe el trono bajo el nombre de Enrique IV. Claro que no todo iba a ser tan sencillo, las puertas de París no se abrieron para Enrique de Navarra hasta que este, haciendo buen acopio del pragmatismo que desde entonces aparecerá como el rasgo más caro a la dinastía, decidió abrazar la fe católica, repudiando la doctrina protestante con aquel «París bien vale una misa» —en alusión a que el trono de Francia bien merecía su conversión al catolicismo—, que ha quedado para la historia como uno de los mejores ejemplos de praxis política, situado apenas unos pasos por detrás de las triquiñuelas pergeñadas en *El Príncipe* de Maquiavelo. Un gesto que, previamente enfatizado con su deseo de que todos sus súbditos pudiesen disfrutar de «puchero de gallina» todos los domingos y la promulgación del clemente Edicto de Nantes (1598) que abría un fértil periodo de tolerancia religiosa en Francia, valió una corona y sentó las bases para el establecimiento definitivo de la dinastía real más poderosa de la historia europea. Con todo, a Enrique IV no le valió su buena visión de las cosas para evitar su extraño asesinato por el aún más extraño François Ravailac, claro que el mero relato de lo que



François Ravaillac, asesino de Enrique IV de Borbón. Ravaillac era un oscuro personaje, convencido de que Dios le había encomendado acabar con el protector de los hugonotes.

la justicia hizo con su asesino apuntaba con claridad nuevos usos y nuevas costumbres para una monarquía que primero quiso ser ejemplo de sujeción y luego, simplemente, absoluta:

Ravaillac sufrió tormento durante tres días, luego fue conducido a la plaza de la Grève. Allí se le arrancaron las tetillas y otros trozos de su carne con tenazas, fue quemado en diversas partes del cuerpo (pecho, caderas y piernas) con hierros al rojo vivo. La mano que había empuñado el puñal homicida fue abrasada con azufre ardiendo y en las heridas y las quemaduras se vertió una mezcla de plomo derretido, aceite hirviendo y resina ardiente. Una vez terminado esto, se le ató de manos y piernas a las colas de cuatro caballos y fue desmembrado. Sus miembros fueron quemados y todo su cuerpo quedó reducido a cenizas.

Síntesis del: «Extracto de los registros del Parlamento de París relativos al proceso criminal realizado a Francisco Ravaillac después de que hubo cometido el regicidio del difunto rey Enrique IV, con el proceso verbal del tormento que se le aplicó y de cuanto ocurrió en la plaza de Grève cuando su ejecución».

Desde entonces, los sucesores de Enrique IV se mostraron más bien poco proclives a transigir con el pueblo, adoptando, eso sí, posturas siempre paternas y a menudo taumatúrgicas que se evidenciaron tan eficaces para sus fines como para el engrandecimiento político y económico de su reino. El insustancial Luis XIII (1610-1643), sucesor de Enrique IV en la Corona, tuvo la desgracia de verse despreciado por las dos mujeres más importantes de su vida, primero por su madre María de Médicis y luego por su esposa Ana de Austria, hija de Felipe IV de España. No obstante, aquel rey ce-



Suplicio de Ravailiac en la plaza de Grève de París. Fue una ejecución de Estado, cuyo carácter ejemplarizante se planificó hasta sus últimos detalles.

loso y suspicaz que inmortalizara, ya en el siglo XIX, Alejandro Dumas en su saga de mosqueteros, tuvo, eso sí, la buena estrella de poder rodearse de personajes verdaderamente extraordinarios, maestros en el arte de gobernar, cuyo principal exponente fue el cardenal Richelieu, padre, en muchos sentidos, de lo que se dio en llamar «la razón de Estado» como credo antepuesto a cualquier otro, léase confesión religiosa, pacto, tratado o alianza. Richelieu implantó en Francia un modo de gobernar novedoso y moderno, que pasaba por la centralización administrativa y la sujeción de los señores feudales, dibujando de este modo los umbrales de lo que muy pronto se iba a convertir en el absolutismo del Rey Sol. Absolutismo más pretendido que real, aunque si algún reinado europeo puede calificarse como tal, ese fue sin duda el de Luis XIV (1643-1715), abuelo y principal mentor de Felipe V, el primer Borbón español. Un abuelo, por cierto, de armas tomar, más que capaz de recibir, según cuentan las crónicas, a embajadores y plenipotenciarios extranjeros bien asentado en su silla-retrete de Versalles. Él al menos tenía

una, sus cortesanos habían de contentarse con un simple montón de paja dispuesto tras un biombo en cualquiera de las salas del palacio; al fin, solo él era el ungido de Dios y la personificación del mitificado san Luis de Francia.

Al hilo de lo anterior y si repasamos desde sus comienzos las vicisitudes del larguísimo reinado de Luis XIV, podremos hallar más de una clave explicativa de las conocidas filias y fobias de los Borbones españoles, pues, como decíamos, el feliz reinado del «abuelo» Luis resultó ser referente principal y espejo en el que reflejarse para nuestros reyes dieciochescos, siempre por encima y a enorme distancia de las viejas tradiciones de la monarquía hispánica que habían heredado de los Austrias. Y esto es así tanto en los rasgos externos más visibles, por ejemplo la construcción por Felipe V de «su» pequeño Versalles en La Granja de San Ildefonso, como en los usos de gobierno que se pretendieron implantar con mayor o menor éxito.

Luis XIV vino al mundo cuando ya nadie le esperaba, sus padres sintieron tal gozo por la buena nueva que fue bautizado como *Louis-Dieudonné* ('Don de Dios'). La prematura muerte de su padre hizo que fuese proclamado rey con tan solo cinco años de edad, bajo la tutela de la regente, su madre Ana de Austria, y el control político del célebre cardenal Mazarino, fervoroso continuador de la obra de Richelieu. Mazarino despertaba tanto odio por el fuerte intervencionismo que desplegab su gobierno que hubo de sufrir hasta dos Frondas (revueltas que tomaron su nombre de los tirachinas que utilizaban los rebeldes de París), la primera orquestada por el propio Parlamento de París, descontento con su pérdida de atribuciones a favor de la monarquía; la segunda comandada por nobles de prestigio que, como el príncipe de Condé, rechazaban el creciente intrusismo monárquico en sus territorios. A consecuencia de ello, el niño Luis tomó tal aprensión al po-



El sagaz cardenal Richelieu, artífice del Estado moderno francés, retratado por su pintor de cámara Philippe de Champaigne.

pulacho y a París que abandonó el Louvre para jamás volver, haciéndose construir Versalles, el palacio real más grande, célebre y ostentoso que vieron los tiempos. Un gesto que evidenciaba no solo su interés en hacer bien visible el poder real a ojos de su pueblo, sino, y sobre todo, la que sería su principal obsesión en el futuro: convertir a los levantiscos nobles en dóciles cortesanos y hacer que el gobierno de Francia reposase únicamente en sus manos, sin el concurso de parlamentos, corporaciones u otros elementos propios de la monarquía tradicional. Su célebre frase «El Estado soy yo» es, desde entonces, el mejor ejemplo de lo que entonces se entendía por poder absoluto. Tan cierto como lo anterior es el hecho de que el reinado de Luis XIV otorgó definitivamente a Francia un lugar preeminente en el concierto europeo, tanto en su faceta económica, con el desarrollo del mercantilismo orquestado por el sagaz Colbert desde la secretaría de Estado, como en lo político, donde la obtención para la casa de Borbón de la Corona española resulta ser uno de sus logros más visibles.

Cuando Felipe V escuche de labios de su exitoso abuelo cuáles deben ser los principios de gobierno que ha de seguir en España, tomará buena nota de ellos y no hará más que tratar de aplicarlos, tanto en la política edilicia o económica, como en sus deseos de simplificar y centralizar la compleja administración de la monarquía. Como veremos, cualquiera de sus primeras medidas tendrá siempre el marchamo de «lo francés» bien impreso en sus lomos. No en vano, el último y principal consejo de su abuelo había sido bien elocuente:

Termino por uno de los avisos más importantes que le puedo dar. No se deje gobernar por nadie; sea el dueño. No tenga valido ni primer ministro. Escuche, consulte su consejo, pero decida.



Este retrato del Rey Sol, obra de Hyacinthe Rigaud (1701), ha pasado a la iconografía popular como la más fiel representación del absolutismo borbónico.

Dios le hizo rey; le dará las luces necesarias
mientras tenga una intención recta.

Luis XIV.

*Instrucciones y avisos políticos
al duque de Anjou.*

LA CUESTIÓN DINÁSTICA, LA GUERRA DE SUCESIÓN Y LOS TRATADOS DE ÚTRECHT

La esperable muerte sin descendencia del desdichado Carlos II supuso el inicio de la cuestión dinástica por la Corona de España, al disputarse el trono vacante entre los partidarios del archiduque Carlos de Austria y los que postulaban a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV. Ambos pretendientes poseían motivos dinásticos sobrados para aspirar a la Corona; Felipe, duque de Anjou, era bisnieto de Ana de Austria, hija mayor de Felipe III de España y nieto de María Teresa de Austria, hija mayor de Felipe IV de España. Por su parte, Carlos, archiduque de Austria y más tarde emperador del Sacro Imperio, el hijo menor de Leopoldo I de Austria, fruto del tercer matrimonio de este con Leonor del Palatinado, reclamaba el trono español por su abuela paterna, que era María Ana de Austria, la hija menor de Felipe III. Esto quería decir que en virtud de las reglas de sucesión, la candidatura francesa era superior, puesto que su pretendiente descendía de la hija primogénita de un rey de España. No fue esa, empero, razón suficiente para efectuar un acuerdo cordial entre los dos pretendientes, de forma que la guerra se hizo inevitable. Sobre todo porque tras la mera cuestión nominal se evidenciaba una cuestión mucho más compleja, la propia concepción de la monarquía. Si muchos vieron en el archiduque un claro continuador de la política general de la casa de Austria, tantos otros contemplaron al duque de Anjou como el encargado de

establecer en España «peligrosas innovaciones» traídas allende los Pirineos. Y no les faltaba razón. El mismo «Hechizado» venía de confirmar en su testamento los fueros de los reinos y territorios extracastellanos (Navarra, Aragón, Cataluña, Mallorca, Valencia y las provincias vascas), renovando sus libertades, fueros y leyes particulares, en un intento de recomponer el distanciamiento con la Corona causado en tiempos de su padre Felipe III por la política de «Unión de Armas» del conde-duque de Olivares, que pretendía en esencia que aquellos reinos contribuyeran a las arcas del rey con algo más de lo que secularmente venían ofreciendo. Las revueltas de 1640 causadas en parte por estos intentos de homogeneización del esfuerzo bélico que tocaba, en opinión del conde-duque, en justicia a cada reino peninsular, supuso la independencia de Portugal y casi la de los reinos de la antigua Corona aragonesa. Una lección que los validos de Carlos II nunca olvidaron. Muchos suponían que si Felipe de Anjou accedía al trono, habida cuenta de lo sucedido en Francia, donde todo asunto público corría de la mano de los poderosos intendentes de Luis XIV, tenidos como los ojos y oídos del rey, trataría de unificar administraciones y cuerpos legislativos, considerando a España en la práctica como un reino único. No les faltaba razón: significativamente, cuando el Rey Sol aceptó el 6 de noviembre de 1700 el testamento de Carlos II a favor de su nieto, que entonces contaba solo diecisiete años de edad, nombró personalmente a Jean Orry como ministro principal en España y le encargó sin disimulos la reorganización de la política interior hispana, señaladamente la fiscal, bajo los presupuestos del centralismo francés. Hecho que causó la cólera de austriacos, alemanes e ingleses. La guerra era ya una realidad.

Así, en 1705 comienza la guerra de Sucesión, que se pretendía rápida y sencilla para el bando borbónico. Sin embargo, la captura del enclave estratégico de Gi-

braltar por el almirante inglés sir George Rooke, base de un conflicto aún hoy en día pendiente, mostró bien pronto que el problema iba a enquistarse y tomaría magnitudes de una verdadera guerra civil. De hecho, el levantamiento general de la Corona de Aragón contra Felipe V puso muy difíciles las cosas para el bando francés. Las razones de la postura austracista de Valencia junto con parte de Aragón, el reino de Murcia y la totalidad de Cataluña son complejas, pero todas tienen que ver con la prevención que suscitaba en estos territorios el conocido centralismo de la Corona francesa y las expectativas que para la concepción centrífuga y foral de la monarquía hispánica había despertado el propio Carlos II en su testamento. Muchos, como en Valencia, pensaban además que el pretendiente austriaco podría mitigar la dureza de su régimen señorial.

Por estas razones, la guerra resultó larga e incierta. No fue hasta las alturas de 1711 cuando una serie de hechos concatenados permitieron pactar su finalización. En primer lugar, el acceso de los conservadores *tories* al poder en Inglaterra, sustituyendo al partido *whig* que era el mayor apoyo de John Churchill, duque de Malborough, abierto partidario de mantener la guerra de España a toda costa, la muerte del emperador José I que obligó a su hermano, el archiduque Carlos, a ocupar el trono austriaco y el mismo agotamiento que estaba sufriendo el conflicto sentaron las bases de la paz pactada en los encuentros preliminares de Londres de 1712 y ratificada en los acuerdos de Utrecht celebrados al año siguiente, por los que se pretendía además de regular la sucesión española, garantizar un perenne equilibrio de fuerzas entre los bandos contendientes.

Es sabido que los acuerdos de Utrecht supusieron enormes pérdidas territoriales para la monarquía hispánica, pero resultaron ser también un ejercicio de realismo político. En realidad, la monarquía de Felipe

V no se hallaba en condiciones de mantener los territorios perdidos; antes de la firma del tratado, la vituperada bolsa del rey tan solo era capaz de sostener veinte mil soldados y trece galeras en el espacio europeo. Así, en el reino de Nápoles no había destinadas más que seis compañías de infantería española, la isla de Sicilia estaba guardada únicamente por seiscientos hombres, el Milanesado por seis mil, y en lo que quedaba de los Países Bajos no había destacados más que ocho mil soldados diseminados por todo el territorio. Se decía que el mismo rey no tenía bastante dinero para mantener a su guardia de corps, que trabajaba «a tiempo parcial» en la artesanía cuando podía dejar a un lado el mosquete. Por eso, hoy se tiende a pensar que el tratado de 1713 fue una verdadera liberación para la monarquía española, que pudo por fin dedicarse a la administración del territorio meramente peninsular y a las Indias, su principal activo. De este modo, en virtud de los acuerdos firmados en aquellas ciudades de los Países Bajos y Alemania, Sicilia fue otorgada al duque de Saboya (luego permutada por Cerdeña); el Milanesado, Nápoles, Cerdeña y los Países Bajos se otorgaron al ya emperador Carlos de Austria y, finalmente, Gibraltar y Menorca se convirtieron en el sabroso botín de guerra de Inglaterra.

De este modo, Felipe de Anjou, llamado por sus panegiristas «el animoso», pudo convertirse finalmente en rey de España y de las Indias, inaugurando el devenir de la nueva dinastía borbónica.

1

Felipe V (1700-1746) y Luis I (1724)

EL IMPACTO DE LA DINASTÍA BORBÓNICA; NUEVOS USOS Y NUEVAS MANERAS

Superado victoriosamente el trance de la guerra de Sucesión, Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, segundo hijo del finado Luis, gran delfín de Francia, se convirtió finalmente en rey de España. En la corte francesa, el joven Felipe siempre había sido considerado persona de buena disposición y dulzura de carácter. Para su formación de príncipe no le habían faltado buenos maestros, el primero de ellos había sido sin duda alguna su abuelo Luis XIV. Pero había otros, su ayo, el duque de Beauvillers, el prudente cardenal Fleury y su preceptor que fue nada menos que el escritor y teólogo François de Salignac, conocido por Fénelon, autor del inmortal *Telémaco* y probablemente el inspirador de la honda religiosidad que presidió la vida del monarca. Con todo, el pequeño Felipe, al igual que sus hermanos Luis y Carlos (duques de Borgoña y de Berry, respectivamente) fue un niño criado entre ayos y criados, lejos de la vista y del cariño de su padre, el Gran Del-



El célebre retrato de Felipe V pintado por Jean Ranc en 1723. A pesar de la imagen de majestad y dominio, el rey, aquejado de melancolía, ya había previsto su abdicación en la persona de su hijo Luis I.

fin. Se decía de ellos que eran jóvenes abúlicos e inseguros, adelantando el carácter melancólico que desarrollarían en la edad adulta. Al parecer, solo su tía abuela Isabel Carlota de Baviera mostró algún cariño por Felipe, al que premonitoriamente llamaba «mi pequeño *roi d'Espagne*», no porque la anciana poseyese dotes adivinatorias, sino debido al carácter tímido y humilde del pequeño, que le recordaba más a un Austria que a un Borbón.

Despedido con gran pompa por la corte francesa, Felipe V fue proclamado rey de España en Madrid el 24 de noviembre de 1700, haciendo su entrada triunfal en la capital el 4 de abril de 1701. Poco después, el 3 de noviembre del mismo año, Felipe, un rey casi adolescente, contrae matrimonio con su prima María Luisa Gabriela de Saboya —hija de Víctor Amadeo II, duque de Saboya y rey de Cerdeña, y de Ana María de Orleans—, cuando esta contaba tan solo trece años de edad. Pese a su juventud, María Luisa se ganó muy pronto el amor de Felipe, que por entonces, sumido ya en la guerra, era «el animoso», capaz de colocarse en persona al frente de sus tropas —en realidad, fue el último de los reyes españoles que hizo tal cosa—. Junto a la figura de María Luisa se hace visible ya en tan temprana fecha la presencia de una dama enigmática, que gozó del más alto predicamento sobre la real pareja. Nos referimos a Marie-Anne de La Trémoille, princesa de Orsini o de los Ursinos, enviada desde Versalles por Luis XIV a fin de que influyera en el ánimo de los reyes en favor de Francia. Y a fe que lo consiguió, a pesar de que no era ya ninguna niña, había sobrepasado la cincuentena, la princesa de los Ursinos conservaba todo su encanto y desde el puesto privilegiado de camarera de la reina ataba y desataba a placer los asuntos de la corte, despachando privadamente con los reyes e informando puntualmente de sus conversaciones a Colbert de Torcy, el secretario para asuntos exteriores de Luis XIV. Se decía

que la camarera mayor había aislado a los reyes en el Alcázar de Madrid para sustraerlos de cualquier otra influencia, o al menos eso quería creer todo el mundo, aunque Felipe V, con todas sus manías y rarezas, distó mucho de ser un simple pelele en manos de las mujeres que le rodearon, como a menudo se ha escrito. Sí es cierto que el joven rey, educado como segundón de su casa, no estaba acostumbrado a mandar, sino a obedecer y dejarse conducir dócilmente. Tal vez por ello, en cuanto se vio obligado a gobernar un país extraño, del que apenas conocía el idioma, con una capital sucia y sin iluminar y un viejo alcázar que nada tenía que ver con el luminoso Versalles, su mente comenzó a flaquear, adelantando una delicada actitud vital que le condujo primero a la depresión y luego a la demencia. En una carta del marqués de Louville, íntimo amigo del rey, se observan ya a comienzos del reinado rasgos verdaderamente preocupantes, que derivarán con el tiempo en su comportamiento más conocido, que iba desde una desaforada actividad sexual con sus esposas a los repentinos escrúpulos religiosos que tal conducta le causaba, circunstancia que le obligaba a confesarse dos o más veces al día, quedando luego preso de los más profundos «vapores» melancólicos:

El rey está bajo una continua tristeza. Dice que siempre cree que se va a morir, que tiene la cabeza vacía y que se le va a caer. / Quisiera estar siempre encerrado y no ver a nadie más que a las personas, muy pocas, a que está acostumbrado. A cada momento me manda a buscar al padre Daubenton o a su médico, pues dice que esto le alivia.

«Siempre encerrado», quizás ahí resida la clave, frente a la imagen de un abuelo que vivía muy a gusto en medio de un teatro permanente, la invisibilidad que

deseaba su nieto, retraído y falto de confianza en sí mismo, rasgo en verdad incompatible con su destino de rey. Pero por el momento, eran todavía tiempos del «animoso» y las crónicas hablan claramente de esos primeros años de valor en el combate y de rendido amor hacia su primera esposa, María Luisa Gabriela de Saboya, más atractiva que hermosa, inteligente y de buena disposición, que pronto se ganó el afecto de su esposo. Se dice que al regreso de Felipe de las campañas de 1703 el rey y la reina se encerraron en sus habitaciones durante una semana completa, entregados desahoradamente al amor conyugal. La real pareja se sintió especialmente bendecida cuando el 25 de agosto de 1707 la saboyana daba a luz al infante Luis, tras casi medio siglo de esterilidad regia en España. Un feliz acontecimiento que sancionó la armonía que reinaba entre Felipe y María Luisa.

LA NUEVA PLANTA

En el mismo momento de la llegada al trono de Felipe V, se hizo patente que algo iba a cambiar sustancialmente en las estructuras funcionales de la monarquía. A consecuencia de los decretos de Nueva Planta, los reinos de la Corona de Aragón perdieron los fueros que, de mejor o peor gana, siempre habían respetado los Austrias, pasando de esta manera a constituir parte integrante de una nueva monarquía que deseaba construir sus cimientos según los modos de gobierno del reino de Castilla, principal sostén de los reyes españoles de todo tiempo, aderezados con el establecimiento de nuevas instituciones de evidente influencia borbónica. Esta nueva monarquía en construcción no pretendía limitarse a efectuar una unificación legislativa y funcional más o menos centralista; muy pronto pudo constatarse que las reformas borbó-



Pasquín austracista que apareció pinchado en la puerta de la posada de un miembro de la Junta borbónica de Barcelona. Una de las primeras muestras del denominado «irredentismo catalán» (Archivo General de Simancas).

En él se presenta el territorio catalán como la tumba de un pueblo oprimido.

nicas pretendían llegar mucho más lejos, introduciendo innovaciones político-administrativas de alcance extraordinario y de clara inspiración francesa.

El 29 de junio de 1707, tras la decisiva victoria de Almansa, Felipe V decretó la abolición de la legislación foral de Aragón y Valencia. Lo que significaba, si se quiere, la culminación de un proceso unificador de los reinos de Aragón y Castilla iniciado por los Reyes Católicos. Así, y a pesar de la pervivencia de algunos aspectos del derecho privado relativos a la herencia, la propiedad y la familia, Aragón, Cataluña y Mallorca pasaron a recibir paulatinamente la legislación básicamente importada de Castilla. Esta Nueva Planta diseñada en buena parte por la óptica racionalista de buenos gestores de la monarquía como Antonio de Sartine, Melchor de Macanaz o José Patiño fue ratificada para Aragón en 1711, Mallorca en 1715 y Cataluña al año siguiente, completando un proceso que no se debía tanto a un simple deseo de revancha contra unos reinos levantiscos y rebeldes, que también, sino a la praxis política que el joven duque de Anjou traía bien aprendida de Francia. De hecho, las mismas razones argumentadas por el rey para justificar tan drástica medida clarifican mucho la intención centralista e unificadora que portaban bien impresa en la mente los herederos del Rey Sol. Así, en la exposición de motivos del decreto de 1707 se señala que se tomaba la decisión de abolir los antiguos fueros en primer lugar por «la rebelión contra su rey y señor», pero también y diríase que sobre todo «por el deseo de lograr la uniformidad de las leyes en todos los reinos, gobernándose todos por las leyes de Castilla, tan nobles y plausibles en todo el universo». Muy significativamente se añadía como justificación final del decreto:

...por el dominio absoluto que ejerzo sobre ambos reinos de Aragón y Valencia ya que uno

de los principales atributos de la soberanía es la imposición y derogación de las leyes, las cuales con la variedad de los tiempos y mudanza de las costumbres puedo alterar, aun sin los graves y fundados motivos que hoy concurren para ello.

Más claridad expositiva no se puede pedir.

No obstante, los restantes territorios forales, Navarra y las provincias vascas, pudieron conservar sus legislaciones privativas gracias a su oportuna desvinculación del bando perdedor, de forma que, ni siquiera sobre el papel, el centralismo administrativo impuesto fue tan uniforme y general como se ha llegado a pretender en ocasiones.

VIUDEDAD DE FELIPE V Y SEGUNDO MATRIMONIO CON ISABEL DE FARNESIO, LA *BRAVA DONNA*

En 1713, la valerosa reina María Luisa había traído al mundo a Fernando, el cuarto hijo de la real pareja, aun a pesar de tener la salud muy mermada por una cruel tuberculosis. Del parto en adelante ya no se recuperó, muriendo de «calentura continua» y pulmonía el 14 de febrero de 1714, en vísperas del remate de la guerra de Sucesión. Durante su larga enfermedad, el rey apenas se separó de su lecho y tras su muerte cayó en una profunda tristeza. Todo se le iba en constantes lloros y no quería ver a nadie; para el rey Felipe, el fallecimiento de su esposa fue, de algún modo, el principio de su casi perenne postración. Se retiró durante seis largos meses al palacio de los duques de Medinaceli para vivir a solas su dolor, permitiendo que le visitasen solamente los imprescindibles, es decir, la princesa de los Ursinos, sus hijos y muy pocos más. Pero el rey tenía tan solo treinta y dos años de edad y hasta él

mismo pudo comprender que debía seguir el consejo del cardenal Giulio Alberoni instándole a contraer nuevas nupcias.

Alberoni, que había llegado a España en 1711 como secretario del duque de Vendôme, comandante en jefe de las tropas hispano-francesas en el frente italiano, había sido aupado muy pronto por la princesa de los Ursinos al puesto de consejero principal de Felipe V. Desde su privilegiada posición, el cardenal pudo influir grandemente a fin de que el rey viudo contemplase con buenos ojos la candidatura de la princesa de Parma, Isabel de Farnesio, considerada por entonces una princesita menor, fácilmente maleable, cuyas vinculaciones familiares con la anterior dinastía austriaca la hacían una candidata muy apetecible a la hora de re- vitalizar los lazos italianos de la monarquía tras el varapalo de Utrecht.

Pero ¿quién era Isabel de Farnesio, además de una princesa huérfana proveniente de un insignificante Estado italiano? Nacida en Parma en 1629, Isabel era hija de Eduardo de Farnesio y de la duquesa Dorotea de Neoburgo (hermana de Mariana, segunda esposa del desdichado Carlos II de España). A la muerte de su padre, Dorotea se casó con Antonio Farnesio, VIII duque de Parma y Piacenza, quien no pareció ocuparse convenientemente de Isabel. Todos consideraban que la pobre princesita, criada con cierto alejamiento de sus padres, había dado en ser una mujer de educación rústica y físico poco agraciado. Descrita por sus contemporáneos como una mujer ni muy alta ni muy baja, con el rostro relleno y marcado de viruelas, no se podía decir que fuese una dama agraciada por la hermosura, pero desde luego poseía otros dones, que le conferían un notable atractivo, que basaba en su inteligencia natural y en su habilidad para mantener una conversación cortés y agradable. Además, la joven princesa había nacido con verdaderas dotes para la música (tocaba excelentemente



Isabel de Farnesio, la *Brava Donna*, segunda esposa de Felipe V. Retrato de Louis Michel Van Loo, 1739. Museo del Prado. Tenida en la corte española por una candidata al trono útil para las relaciones internacionales e inofensiva para la política de Estado, demostró nada más pisar España que era una mujer de gran determinación y espíritu indomeñable. La poderosa princesa de los Ursinos fue la primera en sufrir en sus propias carnes la ira de la princesa de Parma.

el clave), la pintura, la equitación y la caza. Dominaba perfectamente el francés y el alemán y pronto le haría con el español. De lo que se deduce que su educación no había sido tan descuidada como parecía suponer Alberoni. Pero el ministro se equivocaba en mucho más. Suponía en ella un carácter débil y sumiso. Muy pronto, los acontecimientos sucedidos durante el viaje de la princesa a la corte de España le extraerían de su error.

Casados por poderes el 16 de septiembre de 1714, la ya reina Isabel de Farnesio inició su largo viaje hacia España inmediatamente, encontrándose con su tía Mariana de Neoburgo en las cercanías de Pau (Francia) el 18 de noviembre. Allí fue agasajada por la reina viuda con seis días de festejos y celebraciones. Tras su larga y aleccionadora entrevista con la Neoburgo, Isabel de Farnesio cruzó la frontera para dirigirse al encuentro de su esposo, que ya le aguardaba en Guadalajara. Pero la princesa de los Ursinos, en su intención de controlarlo todo, quiso adelantarse a la cercana Jadraque, donde se presentó ante la nueva reina de España el 23 de diciembre. Nunca lo hubiese hecho, aquella entrevista forzada supuso el fin de su hegemonía política en España. Según cuentan los escasos testimonios de la época, la anciana princesa francesa cometió varios errores en aquel encuentro, el primero de ellos criticar afablemente y con demasiada confianza —se dice que en cuanto la vio la había tomado despreocupadamente por la cintura— la vestimenta de la reina. La segunda, afearle la conducta sin haber sido requerida para ello, fundamentalmente haciéndole notar la lentitud de la marcha del cortejo real y la escasa predisposición a maudrugar que manifestaba la Farnesio. Sea como fuere, la respuesta de la pamesana dejó a todo el mundo sin habla. Esa misma noche garabateó (usando su propio regazo como apoyo) la inmediata orden de expulsión de la princesa de los Ursinos de España. De nada valió que se le representase que un viaje a Francia y en in-



Interpretación decimonónica del sereno rostro de Marie-Anne de La Trémoille, princesa de los Ursinos, obra de Juan Serra para la *Historia de España* de Modesto Lafuente.

vierno sería demasiado para una señora de tan avanzada edad. Todo fue inútil, la de los Ursinos partió camino de los Pirineos en el acto para nunca más regresar a España, sin permitirle siquiera cambiarse el traje de gran gala que lucía por otro más apropiado para viajar en carruaje. La nueva reina había entrado pisando bien fuerte, nadie hasta entonces había osado oponerse a los designios de la poderosa Marie-Anne de La Trémoille. De este modo, la «gruesa lombarda» se tornó en *brava donna* en tan solo una jornada; todo el mundo, hasta el mismo rey Felipe V, había captado el mensaje. De hecho, informado en Guadalajara de tan notable suceso, se dice que siguió jugando tranquilamente a los naipes, sin mover un dedo en defensa de su vieja confidente y amiga.

Finalmente, la víspera de Navidad se encontraron los novios en Guadalajara. Confirmada urgentemente la boda por el cardenal Carlos de Borja, la real pareja se encerró en sus aposentos a las seis de la tarde para salir solo con objeto de asistir a la misa del gallo. Desde entonces, no se separarían jamás. La desaforada libido de Felipe V —de él decían sus contemporáneos que toda su vida se desarrollaba entre el tálamo y el confesionario—, manejada convenientemente por su esposa, se reveló como el pasaporte esencial para el acceso de la Farnesio a las cosas del gobierno, que, al contrario de lo que había ocurrido con la saboyana, le interesaban y mucho, fundamentalmente si del futuro de sus hijos se trataba.

En el ínterin, la patológica inestabilidad emocional del rey iba en aumento con la edad. En el verano de 1717 sufrió uno de sus graves brotes depresivos, que cursaban con violentas pesadillas en medio de las cuales trataba de ensartar con su espada a quien se le pudiese por delante, cefaleas, astenia, trastornos del apetito y una enfermiza hipocondría que le hacía suponerse gravemente enfermo ante cualquier menudencia, como una leve insolación. La enfermedad mental se hacía

muy evidente en lo físico, Alberoni cuenta en sus memorias cómo le costaba reconocer al duque de Anjou en aquel pobre individuo de cara desencajada y descolorida, habla torpe y piernas arqueadas, que vestía siempre su viejo y sucio traje de caza. Muy pronto rondó por la mente de Felipe V la idea de la abdicación. En 1720 redactó un documento secreto comprometiéndose a dejar el trono antes de la festividad de Todos los Santos de 1723. Promesa que fue renovando anualmente hasta llegar a cumplirla, siquiera fuese un año más tarde de lo previsto.

Pero como todo ciclotímico, el rey Felipe atravesaba también por periodos de actividad y lucidez, en los que contaba con el apoyo entusiasta de su rendida y amante esposa. Juntos planificaron proyectos edilicios que llenaban de ánimo y satisfacción al monarca. El primero de ellos fue La Granja de San Ildefonso, su pequeño Versalles, mandado erigir junto al viejo real sitio de Valsaín, en Segovia, que se encontraba en ruinas desde su incendio en 1686. Fue el propio Felipe V quien en el transcurso de una expedición cinegética descubrió en sus cercanías una ermita propiedad de los frailes jerónimos bajo la advocación de san Ildefonso. Aquel mismo día mandó comprar a los monjes la granja, el claustro y todo el terreno aledaño, sentando los cimientos de su palacio más querido, al que siempre soñaría retirarse lo antes posible. Pero esto no fue ni mucho menos todo, con el apoyo entusiasta de la reina, Felipe V desarrolló un programa constructivo espectacular. Empresa personal fueron las primeras obras para adecuar a los nuevos tiempos el antiguo teatro de los Austrias existente en el palacio del Buen Retiro, la completa remodelación de Aranjuez y los primeros pasos para la construcción del monumental Palacio Real de Madrid, que luego la reina, ya viuda, encargaría al arquitecto italiano Giovanni Battista Sachetti. La erección del real sitio de Riofrio en las cercanías de Val-

saín (Segovia) fue también proyecto personal de la Farnesio, elegido como posible lugar de retiro una vez muerto su esposo, aunque al final viviría casi permanentemente en La Granja. Por si esto fuera poco, Isabel de Farnesio dedicó toda su vida a coleccionar esculturas y pinturas, estas últimas, más de mil, todas distinguidas con la flor de lis, son ahora en su mayoría patrimonio del Museo del Prado.

LUIS I, EL REY QUE NO FUE

Mucho se ha especulado sobre las razones que condujeron a un rey todavía joven, de tan solo cuarenta años de edad, a abdicar de su corona en beneficio de su hijo Luis, todavía un adolescente. Las coplillas burlescas de la época solían hacer referencia a su ansia por obtener el trono de Francia, aun a pesar de que Luis XV gozaba de excelente salud. En muchas ocasiones la historiografía se ha hecho eco de este supuesto, aunque hoy en día se tiende a aceptar que a Felipe V le afectaba seriamente el peso de la púrpura y anhelaba obtener cuanto antes la condición de «caballero particular» en su dorado retiro segoviano de La Granja de San Ildefonso. Sea como fuere, el 10 de enero de 1724, el hijo primogénito de Felipe V, junto a su primera esposa María Luisa de Saboya, fue proclamado rey con tan solo diecisiete años. A Luis de Borbón, Luis I desde entonces, se le describe como un muchacho alto y rubio, extremadamente delgado y más bien endeble; dado al baile y a la caza y de carácter un tanto desconsiderado con quienes hacían la corte. Por lo demás, resultó más proclive a las travesuras infantiles en compañía de sus criados por los huertos del Buen Retiro que a las tareas de gobierno. En 1721 y a fin de reforzar los lazos con la casa matriz de Francia, se había acordado su casamiento con Luisa Isabel de Orleans, cuarta hija de Fe-

lipe, II duque de Orleans (sobrino de Luis XIV y regente de Francia durante la minoría de edad de Luis XV), y de Francisca María de Borbón (hija legitimada del mismo Luis XIV). Aunque el príncipe de Asturias mostró desde el principio su conformidad con el casamiento, la extraña conducta de su esposa-niña en la corte, tenía solamente doce años cuando se formalizó el matrimonio real, dio mucho que hablar y causó más de un dolor de cabeza a la dinastía reinante. Luisa Isabel despreciaba las normas elementales de la compostura propias de su condición, tanto ventoseaba o eructaba en público, como se quedaba desnuda o, según se decía, en alíño de dormir en presencia de los criados y la corte, mostrando un proceder característico del exhibicionismo. Tanto es así que Luis se vio obligado a encerrarla en el Alcázar de los Austrias por un tiempo, a fin de acallar habladurías. En fin, una pareja real producto de la más cerril endogamia y en exceso joven para afrontar las altas responsabilidades a las que habían sido llamados. Así que, con semejante panorama, Felipe V nunca se fue del todo como seguramente hubiese querido, tutelando constantemente la tarea de gobierno de su inexperto hijo. No hubo de hacerlo por mucho tiempo, tan solo ocho meses después de haber sido proclamado rey, Luis I moría prematuramente aquejado de viruelas, enviando de nuevo a su augusto padre al cadalso que para él suponía el trono.

**EL SEGUNDO REINADO.
LA NEUROSIS MANIACO-DEPRESIVA DEL REY.
CARLO FARINELLI, ¿CANTANTE O TAUMATURGO?**

Dada la minoría de edad del infante Fernando, futuro Fernando VI, Felipe V no halló manera de susstraerse al trono, en el que fue ratificado por decreto el 6 de septiembre de 1724. Poco después, el infante Fer-

nando sería proclamado con todos los honores príncipe de Asturias, asegurando de esta manera una ordenada sucesión. También poco después José Grimaldo, sucesor en el poder de Alberoni, fue a su vez sustituido por José Patiño, viejo servidor de la monarquía desde los tiempos de la Nueva Planta, español de nacimiento y sin duda uno de los ministros más lúcidos e industrioses del periodo. Contando con Patiño y con uno de los periodos de mayor consciencia del rey, el segundo reinado parecía comenzar con buen pie. Y de hecho así fue, se sucedieron una serie de años plácidos cuya monotonía solo se veía rota por los traslados de temporada a los reales sitios, la célebre «rutina borbónica» que, en líneas generales, se reducía a trasladarse a El Pardo en enero para pasar el invierno, Semana Santa en Madrid, primavera en Aranjuez, verano en La Granja, otoño en El Escorial y vuelta a Madrid para celebrar las Navidades.

Todo parecía armonía hasta que en 1728 el rey volvió a caer en sus vapores melancólicos, tratando incluso de abdicar nuevamente, esta vez a favor de Fernando, aunque Isabel de Farnesio llegó a tiempo para impedirlo. Felipe V regresó a sus antiguas obsesiones compulsivas: más de una vez recibió a los embajadores en camisa de dormir, sin pantalones y descalzo. Gritaba desafortadamente por los corredores de palacio sin venir a cuento, llegando a autolesionarse al propinarse terribles mordiscos. El cuadro se completaba con insomnio, bulimia, alteración de los ritmos vitales, mudanza de la noche por el día y las inevitables alucinaciones. El colmo fue ya cuando comenzó a obsesionarse con la idea de que se le pretendía envenenar a través del contacto de su piel con la ropa, por lo que decidió vestir siempre la misma camisa, desprendiendo a su paso un hedor insoportable. La reina trató de animarle obligándole a cambiar de aires, organizando «jornadas reales» y traslados, primero a Extremadura con motivo del matrimonio del infante Fernando con Bárbara de Braganza

en 1728, y más tarde a los Reales Alcázares sevillanos, donde el plan pareció surtir efecto, pues Felipe V se mostró verdaderamente feliz en la ciudad andaluza. Tanto es así, que la real pareja permaneció todo un lustro en Sevilla. Con todo, no fue suficiente y, hacia el final de su estancia en la ciudad del Guadalquivir, la enfermedad del rey volvió a agravarse: comenzó a vivir de noche, reunía al consejo entre las once y las dos de la madrugada, para acostarse sobre las siete de la mañana. A la vez, se negó a que se le afeitase la barba y tampoco permitía que se le cortasen las uñas de los pies «largas como de fiera» que le dificultaban el caminar. Volvió a la manía de no cambiarse de ropa, hasta que se le caía hecha jirones, por miedo a que se le envenenase consumiendo grandes cantidades de triaca (una especie de antídoto general contra venenos de complejísima composición), que siempre le acompañaba en sus ruidos bolsillos. Junto a esto, las terribles alucinaciones le hacían creerse convertido en rana o muerto en vida o cualquier otra cosa. A menudo era sorprendido en sus dementes paseos nocturnos con la boca abierta y la lengua fuera, tratando de montar los caballos representados en los tapices de los Reales Alcázares. Naturalmente solo una mujer del carácter y la abnegación de la Farnesio podría soportar todo aquello. Pero no lo hizo gratuitamente, ya que, mientras alentaba el poco espíritu que le restaba a aquella ruina humana, había podido dedicarse a tejer la urdimbre que sostendría la posición de sus amados hijos en el futuro. La muerte sin desendencia del duque de Parma el 20 de enero de 1731 permitiría que se cumpliese uno de los primeros deseos de la reina: ver a su hijo primogénito Carlos, de quince años de edad, elevado pacíficamente a la cabeza de aquellos Estados italianos. Solo fue el principio, y es que en virtud a lo establecido en el Tercer Tratado de Viena, el mismo Carlos de Borbón, *Carletto* para su abnegada madre, fue reconocido como rey de Nápoles y

Sicilia, colmando de este modo una de las más altas aspiraciones de la Farnesio. La obra se vio redondeada cuando el infante Felipe —*Pippo*— pasó a ocupar en 1745 los ducados de Parma y Piacenza que su hermano había dejado vacantes.

Finalmente, como es sabido, Carlos de Borbón sería llamado a ostentar el trono de España al fallecimiento de su hermanastro Fernando VI, en tanto el infante Luis Antonio, tercero de los varones vivos hijos de la Farnesio, accedía al capelo cardenalicio y al arzobispado de Toledo con solo ocho años de edad. Luis Antonio nunca demostró demasiado amor por la púrpura, prefiriendo la vida regalada y sin sobresaltos en compañía de sus numerosas amantes. Rondando la cincuenta, se le permitió casarse con la joven de diecisiete años María Teresa de Villabriga, con la que vivió una intensa historia de amor en su dorado retiro de Arenas de San Pedro (Ávila), donde los amantes contaron con la excelsa compañía de Luigi Boccherini como compositor de cámara y violonchelista.

La buena marcha de la política en estos años pareció otorgar nuevos bríos a Felipe V, coincidiendo con su regreso a Madrid. El día de Nochebuena de 1734 se destruyó en un incendio el viejo Alcázar de los Austrias, el rey procuró no alegrarse en público, pero encontró así la excusa perfecta para levantar un nuevo palacio «a la francesa» sobre el solar arrasado por las llamas. Aprovechando las circunstancias, Felipe V encargó las primeras trazas de lo que sería el Palacio Real de Madrid al arquitecto italiano Filippo Juvarra. A la muerte de este, las obras se verían continuadas por su discípulo Giovanni Battista Sachetti. El viejo monarca no lo vería construido, la mayor parte de sus últimos años de reinado transcurrirían en su amado palacio de La Granja de San Ildefonso. Desde allí, de la mano leal e industriosa de José Patiño, volvería a tomar las riendas del poder para ocuparse de la crisis europea causada



La familia de Felipe V de Borbón, por Louis Michel Van Loo (1743). Testimonio impagable del éxito de una pareja real capaz de legar al mundo una pléyade de testas coronadas. A la izquierda, el príncipe de Asturias, Fernando, futuro rey de España. El grupo central está integrado por el rey Felipe V; el cardenal-infante don Luis, hijo menor de los reyes; la reina Isabel de Farnesio; don Felipe, duque de Parma; y Luisa Isabel de Borbón, hija de Luis XV y esposa del duque de Parma. El grupo de la derecha está presidido por Carlos, en aquel momento rey de Nápoles y futuro monarca de España con el nombre de Carlos III; tras él, su esposa, María Amalia de Sajonia, hija del rey de Polonia.

por el asunto de la sucesión de Polonia. En esta etapa, Felipe V pareció recobrar la cordura, y es que cuando el rey se volvía guerrero era más que capaz de aparcar la melancolía, ya que esta solía acecharle, precisamente, en periodos de ociosidad.

Es en este contexto de evidente recuperación del monarca en el que debemos inscribir la venida a España del singular *castrato* Carlo Broschi, llamado por todos Farinelli, contratado por Isabel de Farnesio con el fin evidente de que su extraordinario canto aliviase el torturado espíritu de su esposo, como así fue. Y es que Farinelli poseía la voz y el gusto musical más increíbles de su tiempo. Tanto en largura como en variedad de registro su voz era incomparable. La corte de Felipe V resultó ser el lugar ideal para que El Capón, como le llamaban sus enemigos, pudiese dar rienda suelta a todo su esplendor creativo, al puro lucimiento de su voz inigualable, de prodigiosa extensión. Su talento no procedía de un simple don natural enfatizado por la cruel castración, sino de unas facultades sin parangón, que le permitían ofrecer una perfecta entonación combinada con una agilidad incomparable. Casi nadie era capaz de averiguar cuándo se permitía la licencia de respirar, arrojando por su divina garganta combinaciones de sonidos nunca antes escuchados, combinando a partes iguales potencia, dulzura y ritmo melódico. Su registro era tan amplio que podía ofrecer al oyente casi cualquier nota, desde el *la grave* hasta el *re* sobreagudo, y decían los que más sabían de música que Farinelli, siempre inconforme consigo mismo, no se pararía ahí. Pero era mucho más que un virtuoso capaz de conmocionar a la propia orquesta que pretendía acompañarlo; poseía tal dulzura de carácter y calidad de conversación que subyugaba cualquier voluntad. Lejos de utilizar estas virtudes en beneficio propio, siempre se daba a los demás sin pedir jamás favor para él y sus amigos; todos en la corte sabían que solicitar la

intercesión del *castrato* ante los reyes era perder el tiempo. Estas cualidades personales fueron las que en verdad emocionaron a la real pareja, que lo colmó de honores y dádivas. Así, Farinelli, que venía de triunfar en Londres para unas breves vacaciones, permaneció en España veintidós años, primero como músico de cámara de Felipe V y más adelante desempeñando el mismo papel de bálamo de la real pareja durante el reinado del hijo de este, Fernando VI. Un largo periodo de entrega a la monarquía que no fue precisamente una bagatela, si se tiene en cuenta que en virtud al «horario invertido» al que sometía a su corte Felipe V, cada día se le obligaba a cantar y a conversar con los reyes desde el «almuerzo» que tenía lugar a medianoche hasta que se servía la «cena» poco antes de despuntar el alba, cuando, con suerte, se le concedía licencia para retirarse.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL REY

Aquellos plácidos años en La Granja, si obviamos el insano noctambulismo del rey, parecían sucederse con cierta normalidad. A Patiño le había sustituido en 1741 José del Campillo, otro ministro de parecidas hechuras, honesto y trabajador, y las cosas del gobierno marchaban razonablemente bien. No obstante, una nueva traición de su sobrino Luis XV de Francia, esta vez desbaratando los planes trazados en el tratado de Fontainebleau para establecer en el Milanésado al infante Felipe, volvió a hacer mella en el ánimo quebradizo de Felipe V, propiciando su inevitable final. El rey era por entonces un septuagenario achacoso, tremendamente parco en el hablar, que vivía oculto de casi todo el mundo, sin apenas salir de sus habitaciones. Ya no cazaba, y había engordado mucho por efecto de la bulimia nerviosa que sufría. De hecho, le costaba incluso andar y se mostraba incapaz de separar el caído



La Granja de San Ildefonso, fruto del interés personal de Felipe V por construirse un palacio «a la francesa» en el que poder recordar su perdida juventud en el dorado Versalles y abstraerse del peso del gobierno. La Granja fue el lugar al que siempre quiso retirarse y en el que finalmente se encontró con la muerte.

mentón de su pecho. No obstante, nadie esperaba su repentina muerte por apoplejía en la tarde del 9 de julio de 1746. Tan rápido sucedió el óbito que, paradójicamente para quien vivía obsesionado con el sacramento de la penitencia, su confesor el jesuita escocés Guillermo Clarke no pudo llegar a tiempo de confesarle y aplicarle los santos óleos. En orden a lo establecido en su testamento, Felipe V, rompiendo la tradición inaugurada por Felipe II, no se enterró en El Escorial, sino en la Colegiata de la Santísima Trinidad de La Granja, donde hoy descansa en compañía de su segunda esposa, Isabel de Farnesio. El panteón real donde se encuentran fue mandado erigir por su hijo Fernando VI, ya que a su padre, en un gesto muy suyo, parecía causarle aprensión encomendar tal obra para sí mismo.

De este modo, se ponía fin a cuarenta y cinco años de reinado, uno de los más largos de la historia de Es-

paña, que dejaba al país en mucha mejor situación que la que se había encontrado, sentando las bases para su reforma y modernización. La herencia que dejaba tras de sí el melancólico rey hubiese satisfecho a cualquiera: padre de cuatro hijos varones con su primera esposa, y de otros siete (tres varones y cuatro mujeres) con Isabel de Farnesio, tres de ellos (Luis, Fernando y Carlos) fueron a su vez reyes de España, hecho realmente insólito en la historia europea. A la vez, su sangre daba origen a dos nuevas dinastías italianas —de Nápoles y de Parma— y dos de sus hijas se casarían con los herederos de las Coronas de Portugal y Cerdeña, todo ello en virtud de una política de familia perfectamente calculada que hubiese obtenido aun mayores resultados de haber contado con la lealtad de su casa matriz francesa. En todo caso, el balance resultó ser verdaderamente extraordinario.